

ENSAYOS SOBRE
GALDÓS

LEOPOLDO ALAS «*CLARÍN*»



ÍNDICE

Y DE GALDÓS A CLARÍN, por Leopoldo Alas	7
NOTA, por Francisco Arellano	13

SOBRE GALDÓS

Benito Pérez Galdós	15
Gloria	41
Marianela	59
La familia de León Roch	69
La Desheredada	85
Tormento	101
Lo prohibido	117
Una carta y muchas digresiones	129
Miau	143
El teatro... de lejos	159
Realidad	165
Más sobre «Realidad»	173
«La loca de la casa» en el teatro	195
Ángel Guerra	203
Tristana	211
Torquemada en la cruz	213
Torquemada en el Purgatorio	221
Torquemada y San Pedro	227
Nazarín	233
Halma	237
El abuelo	245
Más sobre «El abuelo»	253
Los Episodios Nacionales	259

Mendizábal.....	269
Luchana.....	273
La campaña del Maestrazgo	275
La Estafeta Romántica	279
Vergara	283
Montes de Oca	289
Los Ayacuchos.....	293
Bodas reales	297

Y DE GALDÓS A CLARÍN

En el centenario de su muerte, a excepción de algún acto local de escasa proyección y de la complicidad de unos pocos intelectuales, que han invocado su memoria tímidamente en periódicos y revistas, en algún homenaje anecdótico, en algún programa televisivo de relativa difusión o en un efímero curso de verano, mi antepasado Leopoldo Alas no ha recibido la atención debida. Considero que la iniciativa más emocionante ha sido precisamente la reedición de este libro que Francisco Arellano ha rescatado para nosotros del olvido, especialmente significativo por tratarse del tomo inaugural de unas obras completas de Clarín que la editorial Renacimiento proyectó publicar en su día, una empresa monumental que finalmente quedó reducida a cuatro volúmenes. Sin embargo, mostró el camino que alguien podrá seguir en el futuro, exponiendo las líneas de un ambicioso plan editorial: novelas, cuentos, crítica seria (estudios dedicados a escritores antiguos y contemporáneos, como los que recoge este libro), crítica ligera (paliques y similares, rastreados en periódicos y en revistas españolas y americanas) «aunque es cierto que seriedad y ligereza van de la mano en su obra», versos, teatro, un epistolario, escritos sobre derecho, religión y política, un volumen de materiales inéditos. En cuanto a la crítica, el propósito era editar sus textos de un modo sistemático, desmon-

tando incluso los libros misceláneos publicados en vida por Leopoldo Alas, como *Solos de Clarín*, *Sermón perdido* o *Mezclilla*, con el fin de reorganizarlos en una nueva estructura coherente y exhaustiva.

«Escribo sin pensar en las generaciones venideras, escribo para mis contemporáneos», admitió Leopoldo Alas en el «Prefacio a manera de sinfonía» de *Solos de Clarín*. Era consciente de que trataba asuntos de interés pasajero, aludiendo «a veces a lo que ya no existe o pasará pronto», y decía que en el futuro, para poder entenderlos, serían necesarias «más apostillas y comentarios que llevan las obras de Aristófanes o de Luciano». Pero como no estaba dispuesto a borrar ni a glosar nada de lo escrito, buena se la mandaba «al Guerra y Orbe del siglo que viene». En sus críticas buscaba «una imparcialidad a prueba de bombo», el que se daban unos a otros los literatos de la época, todos ellos eminentes, componiendo «una sociedad de seguros mutuos contra críticos». Y él no estaba dispuesto a adular a nadie. «Hasta ahora, el bombo ha apagado la voz de mi ronco clarín, y es de esperar que en adelante suceda lo mismo; pero yo, mientras pueda, seguiré sopla que soplarás, hasta perder el último aliento». Sus andanadas eran el reflejo lúcido y temible de una sincera indignación, fundamentada en una sólida formación humanista, en un gusto cultivado y en una pasión de la inteligencia que entraban en conflicto abierto con la mediocridad. Arremetía contra las imposturas porque reconocía el talento, lo respetaba y sabía agradecerlo. Prueba de ello es el libro que ahora tienen entre sus manos, que aunque no reúne todo lo escrito por Clarín sobre Galdós, en numerosos artículos donde además trataba de otros temas, sí contiene los textos que específicamente dedicó a la obra del gran novelista canario.

La admiración era mutua. Galdós escribió el excelente prólogo de la tercera edición de *La Regenta*, que

el mismo día en que se puso a la venta (27 de mayo de 1901) salió publicado en *Los Lunes de El Imparcial*. Decía: «Picaresca es en cierto modo *La Regenta*, lo que no excluye en ella la seriedad, en el fondo y en la forma, ni la descripción acertada de los más graves estados del alma humana. Y al propio tiempo, ¡qué feliz aleación de las bromas y las veras, fundidas juntas en el crisol de una lengua que no tiene semejante en la expresión equívoca ni en la gravedad socarrona!» Y ya entonces señalaba que «la literatura oficial» estaba «en apremiante deuda con Leopoldo Alas», cuya obra calificaba de «grande y rica», imposible de encerrar en una clara síntesis. Renacimiento, al menos, lo intentó, colocando en 1912 esta primera piedra del edificio. Galdós para Clarín era un escritor de primer orden. Aquí lo sitúa por encima de los avatares del mundo literario, no siguiendo nunca «las exageraciones de la moda», y analiza su obra con la fascinación y el respeto que le merecían los grandes, elucubrando con generosidad y agudeza sobre mil aspectos literarios, morales, filosóficos y humanos que se desprenden de los personajes y las tramas de sus novelas, destacando procedimientos narrativos que resultaban claramente innovadores: por ejemplo, «sustituir las reflexiones que el autor suele hacer por su cuenta respecto de la situación de un personaje, con las reflexiones del personaje mismo», como «si el autor estuviera dentro de él». Clarín advierte en diferentes pasajes de esta apasionante antología crítica que Galdós observa y narra, no juzga. Busca «imitar el movimiento natural de la vida, tanto individual como social» y, a medida que analiza títulos fundamentales de su extensa producción novelística, Clarín advierte que «Galdós ve más y refleja mejor cada día». Elogia sus penetrantes análisis psicológicos, su comprensión y su fuerza emotiva. «Hay que ver algo parecido al monumento literario que se llama *Comedia Humana*, de Balzac, en esta lar-

ga serie de novelas que lleva nuestro insigne español tan adelantado», escribe en el capítulo que dedica a *Miau*.

El Balzac español, que penetró las entretelas de «nuestra pobreza encopetada y ostentosa y de nuestra riqueza holgazana, viciosa y enfermiza» (lo escribe Clarín refiriéndose en particular a *Lo prohibido*), madrileño por mucho que naciera en Las Palmas, tiene en común con los grandes novelistas (Balzac, Zola, Daudet, Tolstoi, Gogol) que no se deja ver a sí mismo en sus obras («tan amigo de contar historias», que «no quiere contar la suya»): la impersonalidad del autor es en Galdós, según Clarín, todavía más natural y segura que en un Flaubert. Su altruismo artístico, su antilirismo, su facultad de transportar la fantasía con fuerza a una rica galería de tipos diferentes «con la gran imparcialidad de su espíritu sereno», era a su juicio lo que contribuiría «a dar larga vida a sus obras». Y así ha sido. No obstante, le reprocha que el «prurito de pararse en lo minucioso» le llevara a describir objetos o acontecimientos superfluos. El crítico no descansa: «Escribe más de lo necesario a veces, porque escribe de prisa». Y mucho. En sus novelas, dice Clarín, «como en las de Balzac y los mejores novelistas ingleses, sobran muchísimas palabras». Tampoco a él se le escapaba, como puede leerse en «Una carta y muchas digresiones», que dirigió a Galdós desde las páginas de *El Globo* y que este libro recoge, que la crítica no había prestado la atención que merecía a algunas obras de Galdós, en especial a *Fortunata y Jacinta*, «una de las mejores novelas contemporáneas», y lamentaba que no hubieran dado públicamente su parecer sobre ella Emilia Pardo Bazán o Armando Palacio. Nadie estaba a salvo del veneno y la indiferencia de una época que Galdós había venido a eclipsar, según Clarín, augurando un nuevo arte y una nueva filosofía de vida, con su vivo interés por «las íntimas batallas de las al-

mas» pero sin traicionar jamás las posibilidades de la realidad y de sus límites. Sin embargo, la posteridad, este presente actual afanoso de lucro y trufado de intereses gremiales, que desconfía del talento tanto como de los espíritus críticos, es a Clarín y no a Galdós a quien todavía no ha querido reconocer: no ha sabido perdonarle que iluminara con sus muchas luces el sombrío panorama intelectual de nuestro país «el de entonces como el de ahora» y le sigue escatimando la importancia y la consideración que merece. Por eso quiero terminar dando las gracias a Paco Arellano y una calurosa bienvenida a este espléndido libro, en el que Clarín da continuas muestras de su erudición y su sentido del humor, de la magistral ligereza y la amabilidad de su prosa, de su profundidad de pensamiento y, en definitiva, de su libertad.

LEOPOLDO ALAS
(Septiembre, 2001)